

Tres veces mariposa: María Cristina Herrera

Enrique Patterson

María Cristina Herrera, un ícono del exilio político en Miami, santiaguera de raíz, confiesa que sigue viviendo mentalmente en Cuba, aunque se vio obligada a salir en 1961 debido a sus actividades conspirativas. Jubilada recientemente tras muchos años como profesora en el Miami Dade College, a María Cristina nada cubano le es ajeno. Sin subordinarse a las políticas de La Habana, se ha mantenido en contacto con la sociedad y la cultura nuestras, con el propósito de conocer los procesos reales que ocurrían hacia dentro del socialismo insular. Esto la condujo a crear en Miami el Instituto de Estudios Cubanos (IEC), institución que nació como una *rara avis* en el marco de nuestra cultura, por su compromiso con el pluralismo y la diversidad. En las actividades del IEC participan por igual prestigiosos académicos cubanoamericanos, disidentes y académicos pertenecientes a universidades e instituciones oficialistas de la Isla (últimamente, La Habana no responde a las invitaciones, no acepta el reto). El IEC ayudó a ampliar el espacio democrático en el Miami cubano y a tender puentes entre los intelectuales cubanos de todas las orillas. María Cristina Herrera, su fundadora, a quien llaman «la madre del cordero», se ha empeñado en entregar la dirección de la institución a las nuevas generaciones, garantizando la continuidad de una obra suya que es ya patrimonio de todos los cubanos.

Enrique Patterson (E.P.). *María Cristina, el Instituto de Estudios Cubanos (IEC) va a cumplir ya 36 años de fundado, y no podríamos hablar del Instituto sin hablar de ti, fundadora, inspiradora y su directora ejecutiva hasta hace unos meses, es decir, casi toda la existencia de esta institución. Pero ahora quiero que me hables de tu vida antes del IEC. ¿Dónde naciste? ¿Dónde te formaste?*

María Cristina Herrera (M.C.H.). Nací en Santiago de Cuba en 1934. Un siete de agosto a las siete de la noche, en la habitación siete y, además, sietemesina. El número siete siempre me ha fascinado. Tiene muchos significados en la charada y en la Biblia. Son siete los dones del Espíritu Santo, siete las

virtudes cardinales y los pecados capitales. Siempre he vivido alrededor de ese número con esa simbología cultural cristiana, y no cristiana, también. A los seis meses de embarazo mi madre rodó por las escaleras al salir del cine. Nací de una gran hemorragia y sobreviví de milagro. El médico que predijo que ya no iba a vivir acostumbraba a decirme cuando me encontraba por las calles de Santiago: «tú eres mi mejor error médico». Resulté mucho más fuerte de lo que todos esperaban. Se supone que el 70 por ciento, o más, de los bebés que nacen con falta de oxígeno tienen problemas mentales y en el habla. A mí se me afectó el centro motor en el lóbulo frontal derecho superior, y el centro del equilibrio en el cerebelo, pero ni tengo problemas de habla ni intelectuales. No caminé hasta los ocho años, sin equilibrio, por mi parálisis cerebral parcial.

E.P. *Me han dicho que fuiste una estudiante muy destacada. Háblame un poco de eso y de tu formación intelectual.*

M.C.H. Yo le tenía pánico a la escuela. Los niños son crueles y burlones y la emprenden con cualquiera que sea diferente. Siempre me ha desquiciado la crueldad de los niños y la lástima de los adultos. Me pasé toda la niñez batallando contra esos dos molinos. ¡No soporto la lástima! La lengua rápida y dura fue como un escudo que me hice para defenderme de esas estupideces. Tuve una educación exquisita. Fui al colegio a los diez años, cuando pude caminar un poco. Con anterioridad, y desde los tres años, tuve maestras en casa. En la Universidad de Oriente matriculé Filosofía y Letras, con una especialidad Filosófico-Social. Tuve excelentes profesores, como Juan Chabás en Literatura, Beatriz Maggi en Inglés y Literaturas Extranjeras, Cañas Abril en Geografía, Francisco Pratt en Historia del Arte, entre otros. Terminé primer expediente, no sólo de la Escuela sino de toda la Universidad. Y eso fue lo que me impulsó, pues me di cuenta de que en el mundo intelectual y en la academia yo podía competir. En enero de 1956 me vine a Columbia University, Nueva York, a cursar una maestría en Filosofía y Ética. Saqué muchos cursos, pero no hice el examen final: en lugar del *master* me saqué un *mister*, algo que no esperaba dada mi condición física. Esos tres años de Nueva York me completaron. Por otras razones, la cosa no llegó a mayores, pero ahora reconozco que de haberme casado mi vida hubiera sido otra, y me alegro, ya que mi vida ha sido fascinante. Si yo miro siete décadas hacia atrás, aquel gusarapito de libra y media, al que no se predecía que sobreviviera..., la oruga..., se hizo mariposa. Y yo me he hecho mariposa como tres veces. Incluyendo lo político, porque salí «gusana» de Cuba y regresé como «mariposa», con las alas llenas de cosas. Y ese regreso a Cuba fue muy importante.

E.P. *María Cristina, tú eres una persona con una gran preocupación y compromiso social, ¿de qué experiencia surge ese compromiso? ¿A partir de qué época?*

M.C.H. Por la Acción Católica. Desde los trece años me entregué a la Acción Católica y siempre me encantó la doctrina social de la Iglesia, desde León XIII a Juan XXIII. Entre mi formación jesuítica, de niña, y mi formación franciscana en Acción Católica, ese columpio entre la rigidez de los jesuitas y la flexibilidad de los franciscanos me preparó para lo que vendría después.

E.P. *¿En qué año sales de Cuba definitivamente? Y, ¿por qué?*

M.C.H. Salí el ocho de agosto de 1961 para México, y el veintidós de septiembre desembarqué en Miami. Porque yo estaba metida hasta el hueso en la conspiradora con el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), con la gente de Acción Católica y del Movimiento 26 de Julio que no eran comunistas, la gente de la Juventud Obrera Católica, etc. Ellos me mandaron a salir porque me iban a detener. Tuve la suerte de que un amigo de adentro, una compañera de colegio y uno de mis dieciocho ahijados (que se quedó, se hizo comunista y trabajó con Osmany Cienfuegos) me avisaron. Llegué sola y sin dinero, comprometida con la lucha conspirativa, pero enseguida comprendí que esa vía estaba agotada. Cuando vi la llegada de los gironeiros comprendí el absurdo de aquello y, entonces, escribí una carta al presidente y les hice saber que colgaba el sable, que esa no era la ruta, y que cuando surgiera una oportunidad en la que yo pudiera ayudarlos, lo haría. Me dediqué a enseñar español y pude obtener una beca completa para sacar mi doctorado en la Universidad Católica de Washington DC.

E.P. *¿Cómo logras insertarte en el Miami de la época, un lugar que no creo tuviera mucho que ver en ese momento con tus proyecciones culturales y sociales?*

M.C.H. Como parte de mi estancia en Washington, Mario Vizcaíno, (mi director espiritual), me acompañó a visitar a los «gentiles» que se iban a congregar en lo que después fue la I Reunión de Estudios Cubanos, en 1969, es decir, el protoinstituto. Ahí comenzó la batalla. Imagínate, esa Reunión de Estudios Cubanos propuso tender puentes hacia Cuba, dialogar, conocer mejor aquella realidad, y se consideró por mucho tiempo la cuestión de si el proceso revolucionario era o no reversible. Aquí sufrimos terrorismo físico y verbal en la década de los 70 y los 80.

E.P. *O sea, ustedes han pasado en Miami por las mismas experiencias por las que ha pasado la disidencia cubana dentro de la Isla: demonización, terrorismo físico y verbal, etc.*

M.C.H. Definitivamente.

E.P. *¿Cuándo se crea oficialmente el Instituto y quiénes eran sus miembros fundadores?*

M.C.H. Después de la II Reunión de Estudios Cubanos, en 1971, aunque es en 1973 cuando está completamente legalizado como una ONG en este país. Los fundadores fueron las treinta personas que formaron la I Reunión de Estudios Cubanos, entre otros: Lourdes Casal, los hermanos Laureano y Víctor Batista Falla, Andrés Valdespino, Francisco Aruca, Humberto Piñera Llera, Fermín Peinado, Harry Swan, Jorge Castellanos, José S. Prince, José Luis Díaz de Villegas, Margarita Lejarza, Carmelo Mesa-Lago, Emilio Cueto, Manuel Gutiérrez, Jorge Cossío, Susana Inclán, Mercedes García Tudurí, Celia Suárez, Luis Salces, Marino Pérez Durán, Mateo Jover, José Ramón Villalón, Manuel Fernández, Luis Aguilar León, José Ignacio Lasaga, José Ignacio Rasco, Raimundo Fernández Bonilla, Julián Orbón, Mario Vizcaíno y María Cristina Herrera. Nazario Vivero y Leonel A. de la Cuesta pertenecen, de hecho y de derecho, a este grupo gestor, si bien no estuvieron

presentes en 1969: ambos han jugado roles raigales que ayudaron a que el IEC viera la luz como criatura intelectual, cultural y jurídica. Otro que nos acompaña desde el protoinstituto es Mons. Carlos Manuel de Céspedes y García Menocal.

E.P. *Tengo la percepción de que el IEC es una de las pocas instituciones surgidas en los primeros años del exilio que se ha caracterizado, entre otras cosas, por tratar de vincularse a la Cuba real, y quizás eso le ha permitido tener una idea más exacta de qué está pasando en el país y cómo piensa la ciudadanía de la Isla, y eso le ha permitido moverse y reaccionar al ritmo que se mueve la sociedad cubana, que no es lo mismo que el gobierno. Mis preguntas son: ¿Por qué decidieron esa línea y qué beneficios (si alguno hubo) le ha traído a la institución? ¿Qué problemas tuvieron que enfrentar por eso?*

M.C.H. El protoinstituto comienza con las reuniones de los lunes en mi casa, alrededor de Carmelo y sus charlas sobre economía cubana de los 60. Las reuniones continúan cuando Carmelo se va a Cornell a hacer su doctorado y a mí se me ocurre escribirle a una serie de viejos amigos y conocidos de origen católico-cristiano para reunirnos, a ver si podíamos entender mejor qué coño había pasado en Cuba, y cómo cada uno de nosotros, que habíamos jugado un papel X en los 60, veíamos esa realidad. Esa fue la primera reunión. Inconscientemente queríamos encontrar cómo reempatar nos con el proceso nacional desde fuera; las raíces al aire duelen mucho. Estaba también el impulso de tratar de volvernos a montar, de otra manera, en el carrito de la historia. No nos acostumbrábamos, y aún después de casi 46 años no me acostumbro, a estar desmembrada de mi país. Iniciamos así el esfuerzo de innovar actitudes, valores, conductas, que, sin perder el apasionamiento cubano, nos permitieran tolerar las diferencias, no insultar, escuchar con respeto; pues, además, muchos de los valores iniciales del Instituto eran puramente académicos. En realidad, nunca fuimos una institución plenamente norteamericana, más allá del formato legal; como Marifeli Perez-Stable ha dicho, es verdad que, por mucho tiempo, quizás seamos un poco un grupo «gaseoso»; pero, sin dudas, un sello muy nuestro fue, es, y espero que siga siendo, esa cubanía con la que hacemos serios trabajos, discusiones y debates, pero nos sabemos divertir y disfrutamos mucho la mutua compañía. Ese espíritu de solar cultural de cierta calidad también nos ha unido y creo que ha tenido que ver con mi estilo personal de dirigencia. Pero yo comprendo que ese es un estilo que hay que superar. Me di cuenta, desde mediados de los 90, de que si el Instituto no se renovaba iba a morir conmigo, pero ahora estoy segura de que va a seguir sin mí, y como dice mi arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Meurice, si lees su aporte en el libro que conmemora los treinta años del Instituto, dice, al final, algo más o menos así, lo estoy parafraseando: «...puedo concebir al IEC sin ti, no veo igualmente fácil a ti sin el IEC...». Desde el año 94 decidí que había que empezar a mover los caracoles para que entrara una generación nueva con capacidad y compromiso, y que era importante que yo ejecutara el destete, pues, ya sabes, nuestra costumbre

cubana, cultural, histórica-histérica, de que los fundadores mueren con los proyectos o viceversa.

E.P. *O sea, que tú, en el plano institucional, a esta pequeña escala, te has comportado como un AntiCastro....*

M.C.H. (Risas). Ciertamente... yo creo que uno de los problemas de nuestro país, estoy convencida, es que hemos cultivado figuras, dirigentes, caciques y cacicas, pero no hemos cultivado instituciones; este tema no es solo mío, es de muchos otros, como, por ejemplo, el queridísimo, fraterno y difunto Pepe Prince, que insistía en lo mismo. Durante la presidencia de Marifeli, en el año 98, yo dejé voluntariamente de ser miembro del Consejo de Dirección. Siempre fui electa unánimemente al Consejo y siempre fui directora ejecutiva (lo hice siempre *pro bono*, pues no había plata). Sin embargo, nuestra riqueza intelectual es inigualable. Por doquier que ves a alguien que vale la pena en los estudios cubanos, con sus excepciones, claro está, pertenece al Instituto. Por ejemplo, Carmelo Mesa-Lago creó en Pittsburgh la revista *Cuban Studies* y desde su labor académica, investigativa y editorial, ha tenido un efecto enorme en los estudios cubanos. Mauricio Font tiene un programa de estudios cubanos en CUNY (Universidad de la Ciudad de Nueva York). El difunto Enrique Baloyra ya era miembro del IEC cuando vino a la Universidad de Miami. Lisandro Pérez, creador y director por muchos años del CRI (Centro de Investigaciones Cubanas de la Universidad Internacional de la Florida), y su actual director, Damián Fernández. Marifeli Perez-Stable, vicepresidenta del Diálogo Interamericano para Gobernabilidad y Democracia en América Latina, fue expresidenta del IEC. Jorge Domínguez, primer presidente del Instituto, tan destacado en Harvard y en Diálogo Interamericano. Wayne Smith, Carlos Alberto Montaner, etc. En la ASCE (Asociación para el Estudio de la Economía Cubana), los promotores iniciales son casi todos del Instituto: Carmelo Mesa-Lago, Jorge Pérez López, María Dolores Espino, Juan Carlos Espinosa, Sergio Díaz-Briquets, entre otros. Gente que se paga los viajes para venir a nuestras actividades, y a los que nunca hemos pagado honorarios en 36 años. Ahora hemos incorporado a una pléyade de valores jóvenes que han salido de Cuba: académicos, intelectuales, periodistas, artistas, técnicos, como nuestro actual director ejecutivo, un experto en la sociedad de la información.

E.P. *Tú participaste en el Diálogo del 78, ¿eso no tuvo nada que ver con el Instituto?*

M.C.H. Ciertamente, el Instituto oficialmente no fue. Después del Diálogo sí participó en seminarios en Cuba y en otros lugares: Estados Unidos, Canadá, etc. Pero once de los quince directores de aquella época estuvieron presentes individualmente en el Diálogo.

E.P. *Al margen de lo controvertido del proceso del Diálogo, éste fue un punto de inflexión en la relación entre el Exilio y Cuba, y creo que, visto desde la actualidad, fue para bien del Exilio... ¿Cómo fue aquel Diálogo? ¿Qué conclusiones tú sacas del mismo?*

M.C.H. Técnicamente, el Diálogo fue un monólogo; pero fue productivo y positivo, en la medida en que mis cuatro preocupaciones se vieron cumplimentadas,

aunque no totalmente. Primero: asomarme a aquella realidad sin que me lo contaran otros. Eso lo logré. Segundo: revincularme personalmente con mi Iglesia, algo que logré plenamente. Tercero: hacer un esfuerzo en abrir la sociedad cubana, aunque fuera inicialmente un poco, pues estoy convencida de que las sociedades cerradas no cambian; sólo las que se abren en algo, por cualquier motivo, pueden empezar a cambiar. Cuarto: yo tenía una lista de tres amigos presos que no habían podido salir por ninguno de los programas, y los tres salieron. Hubo muchas gestiones, pero en los casos de esos tres, mis gestiones se unieron a las otras gestiones, pues yo no llevaba grandes listas. El balance fue positivo: ya Cuba nunca fue igual, y aunque el gobierno se esforzó por controlar aquello plenamente, no lo logró, le salió la criada respondona. Sin el Diálogo del 78 no se hubieran dado ni la Embajada del Perú ni el Éxodo del Mariel. Además, el golpe más grande contra el régimen no fue militar, sino cultural y psicológico. Tú sabes que por mucho tiempo se les prohibía a los cubanos relacionarse con sus amigos y familiares exiliados y el reencuentro volvió a calentar el caldero de los valores familiares entre los cubanos, algo que no se ha bajado del fuego nunca más.

E.P. *¿Qué de positivo tuvo el Diálogo hacia este lado?*

M.C.H. Al principio tuvo muy poco de positivo, porque fuimos virulentamente atacados y rechazados, durante mucho tiempo se nos colgó todo tipo de insultos y cartelitos. A mí me pusieron hasta una bomba. Pero fue la primera pieza en un nuevo rompecabezas que ahora está culminando; es decir, por primera vez un grupo de exiliados con compromiso político anterior anti Castro decidieron correr un riesgo y ver qué pasaba, porque llevábamos estancados desde el 61 hasta el 78, casi veinte años. Yo creo que el gobierno castrista preparó todo eso; en primer lugar, para, junto con la celebración del XX aniversario de la Revolución, prepararle el estrado o el escenario a Fidel, como presidente de los No alineados, que sería en el 79. Eso tuvo varias etapas, no sé cuán conocidas. Las negociaciones comenzaron como un año antes, o más, con viejos notables del exilio como Justo Carrillo, Tony Varona, etc., pero estos no se decidieron. Entonces, al fallar los notables, el gobierno norteamericano utilizó a Bernardo Benes, un exitoso banquero hebreo-cubano, hablador, ambicioso, el cual arriesgó mucho y pagó un precio muy alto por eso. El fue el *broker*, o corredor de bolsa, por parte de la administración Carter y del gobierno cubano. Él rehizo el potaje a base de nuevos invitados. Hubo un funcionario del Cuerpo Diplomático ante Naciones Unidas, Jesús Arbolea, del grupo de Aldana, que comenzó a hacer visitas paulinas a los exiliados, aquí, en México, Puerto Rico. El gobierno cubano en ningún momento quiso informarle a los invitados quiénes más estaban invitados, pues yo pregunté, para no tirarme a una piscina vacía. Los invitados a aquel Diálogo nos vimos por primera vez las caras en el aeropuerto de Kingston, Jamaica, cuando los aviones de distintos puntos de la Diáspora nos dejaron allí para ser recogidos por un avión cubano, un Ilushin 62 que nos

llevó a La Habana. Yo iba en ese avión llena de vacilaciones y preocupaciones, y cuando vi aquella *fauna* me aterró. Hay un capítulo de mi libro, «Mucha fauna y poca flora», que trata de eso. Yo conocí con ficha completa a 60 de los 75 invitados originales. Enrique, tú sabes cómo soy yo con las fichas. Yo tengo el hábito de ponerle nombretes a la gente y me di cuenta de que un seguroso cubano se sentaba cerca de mí, y era para escuchar los nombretes con que yo bautizaba a cada uno de los que pasaban, pues era una caracterización que parece que querían tener. Veía a un tipo riéndose cada vez que yo hablaba y era que mis nombretes eran congruentes con las fichas que ellos tenían de los invitados. Aquello fue un sainete. La mesa que formaron para negociar en el Palacio de la Revolución con la gente invitada era casi impoluta: no estaba ninguna de las figuras repugnantes: no estaban Raúl Castro, ni Vilma, ni Ramiro Valdés. Estaban Alarcón, Sergio del Valle, Fidel, Almeida, la viuda del Che Guevara, el presidente del ICAP, Jaime Crombet (un muchacho joven y guapo, desconocido fuera) y otros.

E.P. Pero, ¿Fidel no es repugnante?

M.C.H. En el exilio, Raúl tenía una imagen, a nivel público, mucho peor que Fidel. Y aunque a Fidel ya yo lo conocía de antes, allí confirmé algo que ya sabía. Muchas veces puede ser extraordinariamente repugnante y odioso, pero, si él quiere, puede ser muy agradable. Se enloquece cuando lo enfoca una cámara. Pero en *petit comité* luce inteligente, ¡que lo es!, afable, conecedor, receptivo y hasta simpático. Pero, en cuanto le pones una cámara se vuelve monstruoso. Aquello fue una experiencia especial. Yo fui la muda del Diálogo, hasta la segunda sesión en que empezaron a discutir sobre cómo levantar el embargo; ya en ese punto levanté la mano y dije, miren, éste no es el momento de embarcarnos en esa lancha. Si ustedes quieren sacar a los presos, llevarlos al exilio y encaminarlos allí, no se puede a la vez enarbolar la banderita contra el embargo, pues el embargo tiene apoyo masivo. Esa no es una prioridad en este momento. Si desean que la agenda de los presos funcione, no pueden sacar esta barajita, aunque yo estoy en contra del embargo. El embargo ha sido el totí de todos los problemas, pero esa es otra historia. Lo cierto es que fue el primer reencuentro entre cubanos divididos radicalmente por la política, la ideología y otras atrocidades conocidas, entre ellas el hecho de que no se nos consideraba parte de la Nación, pero nos dimos cuenta de que cuando los cubanos nos encontramos, ser cubano es primero y las ideologías después. Nos sentamos a comer, a darnos un trago, a hacer un chiste, a bailar. Eso fue muy importante. Y traumático, para el régimen. Fíjate que el 8 de febrero (esto fue a finales de noviembre y a principios de diciembre) Fidel tuvo que hacer un discurso en circuito cerrado interno a toda la militancia del Partido, para explicarles por qué se había recibido a los mismos con los que antes no se podía tener contacto. Esa primera grieta en el muro más nunca se cerró; por el contrario, no hace más que agrandarse. Toda aquella cuasiinfalibilidad de Fidel desapareció.

E.P. *María Cristina, desde tu experiencia de exiliada por tantos años, ¿cómo ves a Cuba y sus perspectivas?*

M.C.H. Como tú sabes, yo resido aquí, pero espiritualmente vivo allá, y tengo el privilegio de una comunicación múltiple y frecuente con mucha gente, no sólo de la Iglesia. Y todo lo que oigo de allá, de gente respetable, se pudiera resumir en un mensaje que recibí de un amigo de allá: «...aquí estamos preparados para la tormenta». El régimen ha dado una marcha atrás casi total a la política económica surgida en el Período Especial, y toda la cosa del «Muñeco Musical» de Venezuela le ha despertado la fantasía de los 60 y de la Sierra Maestra en los Andes, etc., pero la situación sigue de aparapapepa. Por debajo de toda esa gritería y de todo ese aparente control, hay unas corrientes que conocemos, lo que yo llamaría los comejenes del cambio, agazapados en las paredes, esperando. Los edificios del poder parece que están bien, pero están todos carcomidos, esperando el momento. Lo sé. Mucha gente de cincuenta para abajo, muy bien formada intelectualmente, técnicamente y hasta militarmente, se está reciclando.

E.P. *María Cristina, antes de terminar, el IEC es una institución surgida en Estados Unidos y que ha estado toda su vida en Estados Unidos, ¿cómo ves el futuro del Instituto en el momento de una transición democrática en Cuba? ¿Será una institución puente o se mudará?*

M.C.H. El Instituto va siempre a funcionar en las dos orillas y creo que puede servir de puente. Puede ayudar a proveer experiencia en la construcción de consensos y ayudar a poner las capacidades de sus miembros al servicio de la construcción democrática. Ya tenemos socios del Instituto que trabajan y viven en Cuba y ya les hemos pedido que se decidan a hacer la tarea que ellos entiendan que pueden realizar, dados sus medios y el momento. Desde aquí no les vamos a decir lo que tienen que hacer. Somos una institución peculiar, sin dinero pero con prestigio, que vivimos y nutrimos actitudes y valores muy propicios para la Cuba que viene: incluyente y democrática.

E.P. *Hablando de inclusión, me ha llamado la atención que tú, siendo una criolla, blanca, santiaguera, tienes una preocupación muy fuerte por el problema racial que prácticamente te convierte en una activista. ¿A qué se debe esa preocupación?*

M.C.H. Yo creo que mi postura y mi sentir se explica por distintos factores, uno de ellos, cultural, que vine a comprender luego de muchos años. Mi tata era una negra alta y elegante que siempre se vestía de blanco y no se planchaba el pelo. Ella me hacía cuentos con los que yo me dormía y mucho tiempo después, acá, descubro que me dormía con pataquines, los cuentos novelados de la mitología yoruba. El tema racial es un problema que aparece con la esclavitud africana y no lo resolvió la Colonia, por supuesto, ni la República, ni la Revolución, ni el Exilio, ni la Iglesia. Y hasta hoy, es un reto pendiente para todos los cubanos, pero muy en particular para los dirigentes éticos, religiosos, sociales y políticos. No hay un hogar común si no se enfrenta esto con

valentía y efectividad; y la única manera es aceptando que los negros en Cuba tienen que ser parte activa, viva y comprometida en todos los sectores de la sociedad. Por eso es que le insisto a mi Iglesia, la católica, que hay que nombrar «gorritos» (obispos) no blancos, empezando por el primero.

E.P. *¿Tu experiencia en la sociedad norteamericana no te habrá ayudado a entender mejor el problema racial cubano, o pensabas lo mismo cuando saliste de Cuba en los 60?*

M.C.H. No, no tenía esta misma visión, pero en los últimos 40 años viví acá el Movimiento de los Derechos Civiles, con Martin Luther King, algo que me fascinó. Pero el análisis de ese fenómeno cubano y las particularidades de la experiencia santiaguera tienen muchos ángulos, y eso sería un tema para otra próxima entrevista.



El Intrepido.

Serie: Los Ingenios. Patrimonio a la deriva.
Técnica mixta, Gouache sobre impresión foto-numérica.
40 x 60 cm., 2004.